

Solemnidad de Nuestra Señora de Guadalupe
Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe
La Crosse, Wisconsin
12 de diciembre de 2023

Zac 2, 14-17
Jdt 13, 18bcde. 19
Ap 11, 19a; 12, 1-6a.10ab
Lc 1, 26-38

Homilía

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

La causa de nuestra alegría de hoy es la verdad que la Virgen Madre de Dios, Nuestra Señora de Guadalupe, anunció a San Juan Diego al comienzo mismo de sus apariciones a él del 9 al 12 de diciembre de 1531:

Sábelo, ten por cierto, hijo mío, el más pequeño, que yo soy en verdad la perfecta siempre Virgen Santa María, que tengo el honor de ser Madre del verdaderísimo Dios por quien se vive, el Creador de las personas, el Dueño de la cercanía y de la inmediatez, el *Dueño del cielo, el Dueño de la tierra.*¹

Por los símbolos impresos en su bellissimo vestido, San Juan Diego supo que estaba encinta y por sus palabras comprendió que el Niño era Dios Hijo encarnado en su vientre.

Carl Anderson, entonces Caballero Supremo de los Caballeros de Colón, y Monseñor Eduardo Chávez, reconocido estudioso de la Virgen de Guadalupe, en su libro *Nuestra Señora de Guadalupe: Madre de la Civilización del Amor*, nos ayudan a comprender el poder de los símbolos y de las palabras de Nuestra Señora. Comentando cómo Nuestra Señora utilizó títulos del Ser Supremo de la antigua cultura pagana – para quienes Dios era inaccesible y por lo tanto desconocido – para referirse a su Divino Hijo, nos explican cómo el maravilloso misterio de su Divina Maternidad está simbolizado en su bellissima vestidura:

En el relato de la aparición, Nuestra Señora de Guadalupe habla de su Hijo usando estos mismos títulos (Aquel por quien se vive, Creador de la gente, Dueño de lo cercano y lo lejano, Señor del Cielo y la tierra) y, sin embargo, resulta perfectamente claro que habla del verdaderísimo Dios, su Hijo

¹ "Apéndice A, *El Nican Mopohua*", en Carl Anderson y Monseñor Eduardo Chávez, *Nuestra Señora de Guadalupe. Madre de la civilización del amor* (México: Grijalbo, 2010), p. 214, n. 26. [NMEsp].

Jesucristo. En el mensaje y en la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, esto cobra la forma de una magnífica evangelización inculturada a través de la posición del jazmín sobre su vientre, justo debajo de su cinta de embarazo, con lo cual se identifica al Niño Dios, la Encarnación del Verbo. Aquí, el símbolo del jazmín de cuatro pétalos muestra a los indígenas que es el verdaderísimo Dios omnipotente quien viene a su encuentro, y que no sólo se interesa por ellos sino que se entrega a ellos: es maravilloso que este Dios omnipotente, el Dios de profundas raíces, venga ahora a darse a la humanidad por medio de su madre.²

La causa de nuestra alegría hoy, la causa de nuestra alegría permanente, la causa de nuestra alegría eterna, es Cristo, Dios Hijo encarnado, a quien la Virgen Madre trajo al mundo y a quien nos atrae siempre, mostrándonos que Él, sentado a la derecha de Dios Padre en la gloria, está también con nosotros en su santa Iglesia, a la que, junto con la Virgen María, llamamos con razón Madre.

Cristo es la realización del deseo más profundo del hombre: conocer a Dios y amarle y servirle. La Virgen María utiliza el antiguo lenguaje pagano para mostrar que sólo Cristo colma el anhelo más profundo del hombre. Ella no reduce su Maternidad Divina a la comprensión de los paganos, sino que manifiesta la verdad de que la Encarnación Redentora corrige, eleva y perfecciona esa comprensión. La Venida de Cristo al Mundo es, como muestra Su Ministerio Público, siempre la invitación a la conversión de vida. Las primeras palabras de la predicación de Nuestro Señor son: "El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en el Evangelio".³ De hecho, sabemos que, con posterioridad a sus apariciones, en un espacio de tiempo relativamente corto, millones de paganos recibieron la gracia de la Fe y del Bautismo.⁴

La Virgen de Guadalupe, la Virgen Madre de Dios, en la visión de San Juan Apóstol y Evangelista, es la "mujer vestida de sol, con la luna debajo de sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas"⁵. Ella ha dado a luz al "hijo varón, que ha de gobernar con su cetro a todas las naciones",⁶ el que vence a Satanás, "el padre de la mentira",⁷ aquel que tiene un programa

² Carl Anderson y Monseñor Eduardo Chávez, *Nuestra Señora de Guadalupe. Madre de la civilización del amor* (México: Grijalbo, 2010), pp. 75-76.

³ Mc 1, 15. Cf. Mc 4, 17.

⁴ cf. *A Handbook on Guadalupe* (New Bedford, MA: Franciscan Friars of the Immaculate, 1997, 2001), p. 218.

⁵ Ap. 12, 1.

⁶ Ap 12, 5.

⁷ Jn 8, 44.

de violencia y muerte para el hombre. Él está siempre merodeando para ver qué almas puede devorar,⁸ pero Dios-Hijo, nacido de la Virgen María lo ha derrotado para siempre. El Arcángel Gabriel declaró a la Virgen María la gran verdad sobre su Divino Hijo en el momento de Su concepción:

He aquí que concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande y se llamará Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su Reino no tendrá fin.⁹

En la Anunciación, en la Concepción Virginal de Dios Hijo, se cumplió la promesa de Dios pronunciada por medio del profeta Zacarías: "... porque he aquí que vengo y habitaré en medio de vosotros, ...".¹⁰ Nosotros, por el Bautismo, somos miembros vivos del Cuerpo Místico de Cristo. Dios Espíritu Santo habita en nuestras almas, llamándonos cada día a convertir nuestras vidas a Cristo. La Madre de Cristo, que Él nos dio como Madre nuestra cuando moría en la cruz,¹¹ en su amor materno, nos lleva siempre hacia Él con las palabras que dirigió a los mayordomos del vino en las Bodas de Caná: "Haced lo que Él os diga."¹²

En la época de las apariciones de Nuestra Señora de Guadalupe, la Iglesia misionera en lo que hoy es México sufría desafíos aparentemente imposibles: el violento conflicto entre los nativos americanos y los exploradores y colonos españoles, y la diabólica práctica de sacrificios humanos masivos por parte de los paganos. El Señor envió a la Virgen para mostrar el camino hacia el orden y la paz en la vida personal y en la sociedad: Cristo. A través de sus apariciones y de su presencia permanente en la tilma milagrosa de San Juan Diego, Nuestra Señora de Guadalupe mostró al Obispo y a toda la Iglesia que el camino para vencer el mal y difundir el bien es enseñar la verdad, orar en todo momento y ofrecer todo nuestro amor a Dios en el Culto Sagrado, y practicar la verdad en el amor.

La Iglesia de nuestro tiempo se enfrenta a retos similares, aparentemente imposibles. La propia vida humana, el matrimonio y la familia, y la práctica de la fe se encuentran bajo el ataque constante de una cultura que se niega a reconocer a Dios y a someterse en obediencia a sus

⁸ cf. 1 Pe 5, 8.

⁹ Lc 1, 31-33.

¹⁰ Zac 2, 10.

¹¹ cf. Jn 19, 27.

¹² Jn 2, 5.

mandamientos. Muchos se sublevan hoy violentamente contra Dios, que se nos revela a través de la razón y, del modo más pleno y perfecto, a través de la fe católica. La rebelión ha seducido incluso a miembros del Cuerpo Místico de Cristo, llevándoles a abandonar a Cristo y Su Camino, conduciéndoles a la apostasía. ¿Qué debemos hacer nosotros? ¿Qué debe hacer la Iglesia?

Algunos, incluso entre los Obispos, nos dirían que la Iglesia tiene que cambiar su doctrina, su Culto Sagrado y su disciplina, para acomodarse a la cultura. Hablan de un necesario cambio de paradigma o de una mal definida vía sinodal que declara que todos son bienvenidos en la Iglesia sin dejar clara la conversión a Cristo que es necesaria para ser miembro de su Cuerpo Místico. Olvidan que el rey de la Parábola del banquete de bodas, que había acogido a todos, "a los buenos y a los malos",¹³ al banquete de bodas de su hijo, cuando vio a "un hombre que no tenía traje de bodas",¹⁴ lo hizo expulsar del banquete. Nuestro Señor concluye la Parábola del banquete de bodas con la admonición: "Muchos son los llamados, pero pocos los elegidos".¹⁵ Sí, Nuestro Señor quiere que todos nosotros participemos en el banquete de la gracia divina, pero no podremos hacerlo a menos que nuestros corazones, unidos con el Corazón Inmaculado de María, descansen en Su Sacratísimo Corazón, a menos que nos dejemos revestir de Él en nuestra vida diaria.¹⁶

El camino de la Iglesia en la crisis actual es el mismo de siempre. La enseñanza del Depósito de la Fe y de todas las riquezas de la fe católica, la oración diaria y el culto a Dios "en espíritu y en verdad",¹⁷ y una vida diaria buena y santa. Ante el gran desafío de nuestro tiempo, el Papa San Juan Pablo II nos advirtió que no nos salvaremos a nosotros mismos y a nuestro mundo descubriendo "alguna fórmula mágica" o "inventando un nuevo programa".¹⁸ En términos inequívocos, declaró:

No, no nos salvaremos por una fórmula, sino por una Persona, y la certeza que ella nos infunde: *Yo estoy con vosotros!*¹⁹

¹³ Mt 22, 10.

¹⁴ Mt 22, 11.

¹⁵ Mt 22, 14.

¹⁶ cf. Rom 13, 14; Gal 3, 27.

¹⁷ Jn 4, 23-24.

¹⁸ "... formulam veluti «magicam» ... excogitando «novo consilio»". Ioannes Paulus PP. II, Epistula Apostolica *Novo Millennio Ineunte*, "Magni Iubilaei anni MM sub exitum", 6 Ianuarii 2001, *Acta Apostolicae Sedis* 93 (2001), p. 285, n. 29. [En adelante, *NMI*]. En español: https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_letters/2001/documents/hf_jp-ii_apl_20010106_novo-millennio-ineunte.html, p. 17, n° 29. [En adelante, *NMIEsp*].

¹⁹ "Nullo modo: servabit nos nulla formula, verum Persona una atque certitudo illa quam nobis Ipsa infundit: *Ego vobiscum sum!*" *NMI*, p. 285, n. 29. Traducción española: *NMIEsp*, p. 17, n° 29.

Nos recordó que el programa con el que debemos afrontar eficazmente los grandes desafíos espirituales de nuestro tiempo es, en definitiva, Jesucristo vivo por nosotros en la Iglesia. Nos lo explicó:

El programa ya existe: recogido por el Evangelio y la Tradición viva, es el siempre. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia hasta su cumplimiento en la Jerusalén celestial. Es un programa que no cambia al variar los tiempos y las culturas, aunque tiene cuenta del tiempo y de la cultura para un verdadero diálogo y una comunicación eficaz.²⁰

En resumen, el programa que conduce a la libertad y a la felicidad es, para cada uno de nosotros, la santidad de vida, de acuerdo con nuestro estado de vida y los dones particulares con los que Dios nos ha dotado.

San Juan Pablo II, de hecho, veía todo el plan pastoral de la Iglesia en la santidad de vida en Cristo. Él mismo se explicaba así:

En realidad, poner la programación pastoral bajo el signo de la santidad es una opción llena de consecuencias. Significa expresar la convicción de que, si el Bautismo es una verdadera entrada en la santidad de Dios por medio de la inserción en Cristo y la inhabitación de su Espíritu, sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre, vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial. Preguntar a un catecúmeno: «¿quieres recibir el Bautismo?» significa al mismo tiempo preguntarle: «¿quieres ser santo?» Significa ponerle en el camino del Sermón de la Montaña: «Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial» (*Mt 5,48*).²¹

²⁰ “*Iam enim praesto est consilium seu «programma»: illud nempe quod de Evangelio derivatur semper vivaque Traditione. Tandem in Christo ipso deprehenditur istud, qui sane cognoscendus est, diligendus atque imitandus, ut vita in eo trinitaria ducatur et cum eo historia ipsa transfiguretur ad suam usque in Hierosolymis caelestibus consummationem. Institutum enim hoc, variantibus quidem temporibus ipsis atque culturae formis non mutatur quamvis rationem quidem habeat temporis et culturae, ut verum instituat diverbium efficacemque communicationem*”. *NMI*, pp. 285-286, n. 29. Traducción española: *NMIEsp*, p. 17, n° 29.

²¹ “*Re quidem vera, si pastoralis ordinatio sub signo sanctitatis statuitur, aliquid compluribus cum consecrariis decernitur. Inde enim in primis firma aperitur sententia: si vera est Baptismus ingressio in Dei sanctitatem per insertionem in Christum ipsum necnon Spiritus eius per inhabitationem, quaedam repugnantia est contentum esse mediocri vita, quae ad normam transigitur ethnicae doctrinae minimum solum poscentis ac religionis superficiem tantum tangentis. Ex catechumeno quaerere: «Vis baptizari?» eodem tempore est petere: «Vis sanctificari?». Idem valet ac deponere eius in via extremum Sermonis Montani principium: «Estote ergo vos perfecti, sicut Pater vester caelestis perfectus est» (*Mt 5, 48*).*” *NMI*, p. 288, n. 31. Traducción española: *NMIEsp*, p. 19, n° 31.

Es a la santidad de vida en Cristo a lo que nos atrae Nuestra Señora de Guadalupe. Dejando lo ordinario de nuestra vida diaria para peregrinar a su lugar santo, Ella nos manifiesta lo extraordinario de nuestra vida diaria en Cristo.

En la Santa Comunión de hoy, Georgiana Maria Faustina Triplett hará su Primera Comunión. Consagrada a Nuestra Señora de Guadalupe poco después de su nacimiento, el Santuario ha sido para ella un verdadero hogar espiritual. Nuestra Señora la ha estado guiando para vivir en Cristo, y hoy su vida en Cristo alcanzará su plenitud cuando reciba a Nuestro Señor – Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad – en la Sagrada Comunión.

Antes de la Bendición Final, tendremos la Admisión de Pajes de Caballeros del Altar de Nuestra Señora, los niños y jóvenes que sirven a Nuestro Señor durante la Sagrada Liturgia aquí. Oremos, invocando la intercesión de Nuestra Señora y de San Juan Diego, para que John Kabat, Louis Martin, Leonardo Martin y Emmanuel Martin, que hoy se convertirán en Pajes, perseveren en el camino hacia la Caballería en los Caballeros del Altar de Nuestra Señora. Que la santidad de su servicio a Nuestro Señor en el altar, bajo la guía y protección de Nuestra Señora, se refleje en todos los aspectos de su vida diaria.

Entreguemos ahora, bajo el cuidado maternal de Nuestra Señora de Guadalupe, nuestros corazones completamente a Nuestro Señor en Su Sacrificio Eucarístico. Que la santidad de nuestra unión de corazón con Su Sacratísimo Corazón a través del Santísimo Sacramento del Altar brille en cada uno de nuestros pensamientos, palabras y acciones.

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Raymond Leo Cardinal BURKE